

Así andaba el negocio, cuando la franca declaración de D. Lucas. Desde aquel instante fué declarado Pablillo suplente, y se le previno que cesaban las conferencias hasta segunda orden. La palurda tenía una gramática parda de primera fuerza. Si enamorado estaba el joven, más le superaba el viejo. Este quiso dar el último golpe. Reunió cuantas alhajas poseía, todo el oro que había amontonado con sus rapiñas y avaricias, y hasta los títulos de sus haciendas, y colocándolos en magnífica perspectiva en un arcón de dos llaves, lo enseñó majestuosamente á su futura. Esta vez al mirarlo por poco se desmaya de veras.

—Cuanto aquí ves, mayor que el dote de una duquesa, será para tí, si es leal y verdadero tu carño.

No exageramos al afirmar que María de las Nieves hizo cuantos juramentos se le exigían, y que desde entonces su ídolo, la ilusión de su mente, fué la nueva *arca de la alianza*, causa eficiente y primordial del nudo que principiaba á entretogerse.

Á pesar de las prohibiciones, Pablillo no dejaba su ejercicios aéreos, suspirando que partía los corazones. Es decir, los que fueran sensibles, porque el del maltrecho se daba á Lucifer, amenazando con irse para no envolverse en semejante fregado.

La Mónica, que conocía el pié de que cojeaba la montañesa, convencía al chico, y hasta lo aquietó con la promesa de una futura entrevista.

Dos amonestaciones iban corridas en San Pedro, y se discutía en el patio chancilleresco la forma y



modo de la encerrada para el día del lance, con aquiescencia del Sr. General Presidente, cuando entró en su despacho el escribano. No se hallaba en él Pablillo, sino el compañero. Este se le acercó temblando y alargándole un papel le dijo:

—No me descubráis, señor, por la Virgen, que estoy inocente de todo.

Lo leyó D. Lucas, se puso lívido que daba espanto, y preguntó enronquecido:

—¿Cuándo hablarán?

—Esta noche á las doce.

—Toma un doblón, y vete con cualquier pretexto; á observar á los cómplices.

Lleno de disimulada ira subió á sus habitaciones, pero de repente pensó:—¿Y si es una calumnia de ese reptil, por envidia á su compañero?

Santo Tomás, ver y creer, aguardemos.

Y sosegado por completo se puso á la mesa, donde fueron tantos los primores culinarios que le presentó la sobrina, y tanto el mimo con que le excitaba el apetito, que al bajar por las escaleras estaba en ánimos de extrangular al inicuo delator.

No obstante, como los viejos son desconfiados y duermen poco, despues de haber hecho mil carantoñas á la muchacha, elogiando la condimentación del chocolate que con bollos de las monjas le sirviera, y rezadas las Animas, se retiró á descansar, corriendo con gran estrépito las llaves, pero en falso, y vestido se echó en el lecho. ¡Qué horas tan largas le parecieron las trascurridas hasta escuchar la campanada de las doce!

Momentos despues oyó un ténue silbido por la parte del costado de la casa, y ruido de pasos en los corredores. Miró por el ojo de la llave, descubriendo á su futura que descalza y con una linterna sorda que encubría con las manos, abrió una reja que daba al sitio donde se escuchara la señal.

Don Lucas sufrió un paroxismo de furor, pero volviendo en sí, y confiado en la oscuridad, se acercó á gatas hasta ponerse en el quicio de una puerta, desde donde poder escuchar el diálogo de los traidores.

—Quiero saberlo todo, murmuraba: este es el castigo por haber malgastado parte de mi oro, de ese adorado metal que nunca engaña, y que siempre se muestra reluciente y consolador á quien lo posee.

Nieves tenia la voz gruesa, y aunque hablaba muy bajo, era facil percibir sus frases.

—No te enceles, bobalicón, decía á su novio, es como si me casara con el estante de pino de la oficina. Quizás sea más moderno que mi tio. Cuando se muera, que procuraremos lo verifique pronto, entonces se celebrará nuestro bodorrio, y con sus peluconas nos daremos vida de príncipes.

El muchacho parecía responder gimoteando.

—Anda, simple, no tardaremos un año en estar en mi tierra, donde nos han de llamar usias. ¡Si vieras que rico es el vejestorio! Tiene diez sacos llenos de onzas de oro mejicanas.

Don Lucas se desgarraba el pecho con las uñas. No quiso escuchar más, y arrastrándose volvió á su



alcoba echando espumarajos de rabia. Más de una hora se le fué pensando su línea de conducta, hasta que ya decidido, quedose como insultado en el lecho.

## VI.

Quien á la mañana siguiente hubiera contemplado el rostro placentero y francote con que se presentó el escribano á la hora del desayuno, cómo había de suponerla horrible tempestad de la víspera.

Solo el cerco amoratado de sus ojos fuera la señal inequívoca, pero las gafas ceñidas más que de ordinario, lo estorbara.

—Cójate Nieves, le dijo á su sobrina; que te acompañe la Mónica, y compras casa de los Genoveses dos piezas de lienzo de hilo. Yo cuidaré de la casa, que tengo que arreglar unos legajos. El domingo es la tercera, que no te se olvide, futura dueña.

—¿Qué ha de olvidárseme, si lo estoy deseando?

—Ya me consta, le replicó con una sonrisa endiablada el presunto.

Despues pasó á la oficina y envió á recados distantes á los dos escribientes. Cuando se quedó solo, corrió el cerrojo de la puerta de en medio, dedicán-

dose á una faena superior á sus fuerzas. Segun las crónicas, el arcon que contenía sus tesoros fué desocupado y estos enterrados en el más oscuro rincón del edificio, ocupando el sitio de las monedas los talegos de cañamazo rellenos del escombros que sacara del agujero.

Cuando los ausentes dieron la vuelta, era imposible notar nada de cuanto había sucedido.

Pero su avanzada edad, y el terrible disgusto de la traición experimentada acabaron con su salud. Como una leona combatió la Nieves contra la dolencia, temerosa de que se le escapara su fortuna, pero en balde. El doctor declaró que el escribano se moría, confirmándose más con un síncope que experimentara.

Entonces la alcoba se vió invadida por Pablo y la Mónica, que ayudaban á la sobrina á la apertura del arcón, llamándose todos á la parte.

Cuando sonaron las primeras vueltas de la llave, Don Lucas hizo un profundo estremecimiento, que aterró á los circunstantes, espirando con una sonrisa diabólica.

Sin cuidarse de su protector siguieron en su criminal tarea. Pero el desencanto fué cruel. *Las peluconas* se habían vuelto guijarros, y únicamente estaba un papel arrugado que Pablo, conociendo la letra de su compañero, se metió en el bolsillo.

Fué preciso dar noticia de la defunción, y entonces otro colega de D. Lucas se presentó incautándose del resto de la hacienda y notificando á María de las Nieves que estaba allí demás, pues los herederos

eran otros deudos, que residian en Castilla, según disposición testamentaria de fecha muy reciente. Diez doblones que le entregaron, la dejaba para los lutos.

La venganza fué terrible. Pablito leyó á su amante la denuncia del contrahecho y desapareció.

Aquella misma noche recibió el delator una terrible puñalada. El criminal no pudo ser descubierta, afirmándose de público que Pablo se había enganchado en una bandera para Flandes.

El tema de las conversaciones fué, como era de esperarse, el testamento y la burla de la futura, á quien demostraba tan grande amor. Algunos vecinos que advirtieron las entrevistas de la reja, dieron en el quid, y por la punta del hilo se devanó toda la madeja.

María de las Nieves, lloró de corage bastantes dias; pero al fin la Mónica, que lo mismo era para un barrido que para un fregado, la colocó de ama de gobierno, con un señor canónigo, y allí concluyó de engordar de tal manera que semejaba á un tonel viviente.

VII.

Mientras los herederos llegaron á la capital, la casa estuvo cerrada, tomando el aire triste y medroso de un edificio sin moradores. Cuando la abrieron de nuevo, afirman que el cuadro estaba pintado en el sitio en que hoy se encuentra. ¿Quién fué el autor? Se ignora. El vulgo afirmaba en aquel entonces, y se refiere al presente, que el alma en pena del escribano andaba en el ajo, y que la figura del *Padre Eterno*, indicando un sitio que nadie descubrirá, es la careta con que se encubre Don Lucas, cuyo espíritu maligno incrustado en la pared, obtiene compensación de su desventura en el goce que le proporcionan cuantos avariciosos se dedican á investigar su tesoro.

---



Ministerio de la Vivienda y Generalife

---

## LA CASA DE LA YEDRA. (1)

### Tradición.

#### I.

Si ha nacido para amar  
ó bién para ser amada,  
es cosa de averiguar,  
en la esclava de Aliatar,  
un caudillo de Granada.

Moro de estirpe y valía  
y deudo del soberano,  
ya mostró su bazarria;  
¡cuando olvidará el cristiano  
la rota de la *Ajarquial*!

Allí cual tigre sediento  
tiñó de sangre la tierra;  
bién han sufrido escarmiento  
los que con loco ardimiento  
remontaron á la sierra.

---

(1) Leída en el gran teatro de Isabel la Católica, en la solemne distribución de premios del Certámen del Liceo en Junio de 1886.



Fueles el destino avaro:  
yace rendido el león  
y sin brillo aquel sol claro,  
mientras alza *Gibraltar*  
rojo y triunfante pendón.

Y es que Málaga orgullosa  
celebra el triunfo también;  
¡qué presa tan codiciosa!  
¡qué botín! y cuánta hermosa  
para el impúdico harém.

Por eso júbilo exhala,  
y es del caudillo la gala  
amoroso conducir,  
á una doncella que iguala  
la nieve del *Solair*. (1)

Ya siente amantes destellos,  
sus manos al talle cruza,  
y mira ser los más bellos  
los largos rubios cabellos  
de la virgen andaluza.

Un fuego desconocido  
abrasa su corazón,  
que apresura su latido,  
y casi desvanecido  
la sostiene en el arzón.

---

(1) Así denominan los árabes á la Sierra Nevada.



Jamás tan grande hermosa  
ni pena mayor se mira:  
ya le envidian su ventura  
cuando al corcel apresura  
bajo la puerta de Elvira.

Y es que sueña en ocultar  
el tesoro que recaba,  
creyendo un siglo tardar  
su palacio en franquear,  
el que tiene en la *Alhacaba*.

Estancia donde primores  
labraron manos divinas  
para gozar sus amores,  
las que habitan en las flores,  
las houríes granadinas.

Y allí entre el lujo que impera  
sin darse razón de nada,  
amargo pesar la altera,  
que es la rosa trasplantada  
de los campos de Antequera.

Y no es que ofensa ni ultraje  
reciba de su señor;  
que en rendido vasallaje,  
su vida á cambio de amor  
le diera el abencerraje.

Por eso al mirar su pena  
se olvida de sus enojos

y el desdén que le enagena,  
y solo vive en los ojos  
de la hermosa nazarena.

Tal vez aguarda en su anhelo  
que el cariño que atesora  
logre derretir el hielo,  
como disipa la aurora  
la oseura sombra del cielo.

II:

De ese palacio al confin,  
en oculto camarín  
se libra ruda batalla;  
es una pena sin fin  
que se siente y que se calla.

Ya la esposa favorita  
en el musulmán no impera  
y con los celos se irrita,  
y es la africana pantera  
que vengarse necesita.

Sus ilusiones han muerto  
y todo en ella pregona



P.C. Ministerio de Cultura y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

odio, rabia y desconcierto;  
¡quién amansa la leona  
cuando ruge en el desierto!

¿Quién diera á la mora altiva  
esos terribles pesares?  
¿Quién halla de amor cautiva  
á Zaida, la joya esquiva  
del alcaide de Comares?

¿Quién de tan pronta mudanza  
puede calmar los desvelos,  
si cual torbellino avanza  
de una perdida esperanza  
el fantasma de los celos?

Nadie: si del bien perdido  
el recuerdo nos abruma,  
es fuerza darlo al olvido,  
que es del mar enfurecido  
ola que se vuelve espuma.

Ella entre tanto gemía,  
y él constante en su pasión  
aguarda vencer un día;  
que algo logra la porfia  
en luchas del corazón.

Y lucha que en el retiro  
entre jóvenes se labra,  
que se concluya no admiro,

si hay de por medio un suspiro  
ó una sentida palabra.

Que á veces llega á ocurrir  
despues de tanto insistir,  
que en los fingidos agravios  
los ojos van á decir  
lo que se callan los labios.

Y algo parecido hubiera,  
puesto que escucha el infiel,  
despues de tan larga espera,  
una frase lisonjera  
de la divina Isabel.

Con rubor en el semblante,  
hecha un capullo de grana,  
tímida dice á su amante:

—Si juras mi Dios, constante  
te querrá la castellana.

Aliatar, de gozo ciego,  
cayó rendido á sus piés:  
quizá conceda su ruego;  
mientras el cuadro á través  
contemplan ojos de fuego.

Es la Zaida: en su furor  
lo oye todo por su mal;  
produce el mirarla horror;  
entra, y agudo puñal  
clava á su antiguo señor.




JUNTA DE ANDALUCIA

P. G. ... de la Alhambra y Generalife  
CONSEJO DE CULTURA

Huye de aquel aposento;  
y él lanza el último aliento  
ante quien dió vida y alma,  
como se trocha una palma  
al rudo soplo del viento.

Y ella, que los dulces lazos  
de un amor nunca sentido  
mira romperse en pedazos,  
lanzando triste gemido  
se arroja y muere en sus brazos.

III.



El valor y la hermosura  
pues tanto el cariño abarca.  
es separarlos locura;  
tengan juntos sepultura,  
que así lo ordena el Monarca.

Y, notoria maravilla;  
á poco, una yerbecilla  
brota del muro en la piedra;  
aquella débil semilla  
se hace trepadora yedra.

Nadie el portento rechaza,

más bién al hecho se enlaza,  
y respetan el palacio;  
que ya su anchuroso espacio  
la verde yedra lo abraza.

Y el vulgo afirma severo  
que, logra dicha y fortuna,  
el amante verdadero,  
que un tallo corta ligero  
en clara noche de luna.

IV.

Quien el *Albaicín* visita,  
del tiempo ve la carcoma  
que con pujanza infinita  
ya agujerea una ermita,  
ó un edificio desploma.

Y en las torres altaneras  
que ostentaban las banderas  
de los rudos vencedores,  
crecen silvestres higueras  
y nopales punzadores.

Y apenas de su furor  
se ha podido reservar



de algún muro al interior  
el *solo Dios vencedor*,  
la divisa de Alhamar.

Así el palacio aludido  
en ruinas hoy convertido,  
es amenaza constante,  
y á gente sirve de nido  
pobretona y maleante. (1)

Pero el vulgo con fé santa  
la tradición no quebranta,  
y afirma á propios y extraños,  
que hasta hace cuarenta años  
vivió robusta la planta.

Dando todos por seguro  
sin dudas ni vacilar,  
que en misterioso conjuro,  
se uniera la yedra al muro,  
como Isabel á Aliatar.

Y aún se refiere la historia  
de quien arrancarla ordena,  
y abominan su memoria,  
que su poesía y su gloria  
al pueblo siempre enagena.

Que si uno del otro en pos  
al rayo amante que alumbra

---

(1) Hoy cuesta de la Alhacaba, núm. 40



podieron morir los dos,  
no choque, que se acostumbra  
en esta tierra de Dios.

Pues de sus dones colmada  
tanto enaltecerla quiso,  
que á su belleza preciada,  
no le llaman paraíso,  
porque se nombra Granada.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

---

## LA CASA DEL VOTO.

---

### Leyenda.

#### I.

La jóven se llamaba Dolores.

Su padre tejía capotes allá por el año de 1715, en la calle del Agua, en una fábrica de lanas, y era hombre de bién todos los días excepto los domingos y los lunes.

Lo que ahorraaba del jornal lo gastaba en embriagarse hasta caer en las calles, ó ser la irrisión de sus compañeros.

El maestro regañaba á menudo al *Perete*, apodo que tenía el infeliz de Pedro Sanchez.

—Lo digo por tu bién. Siguiendo esa conducta enfermarás y entonces tu pobre hija tendrá que pedir limosna. Recuerda que es hermosa como un sol, que la dejas abandonada y la expones á muchos peligros. Si te quitaras de la bebida y recogieras á tu suegra que la acompañara, tu hogar pudiera ser en lo sucesivo otra cosa. Eres hábil en el arte. Si prometes obedecerme te daré tarea para la semana.

—No se canse usted, señor Tomás. Lo que hago

está en la masa de la sangre. Bebo para olvidar á mi mujer. Quisiera estar siempre relleno de aguardiente. Mi hija es un ángel, que me aguanta con una caridad y un amor que cuando estoy fresco lo conozco, y eso que mis manos ayudan á mi locura; así es, que desgraciado del que la mire con malos ojos. No podrían escribir los odores de la Chancillería los delitos que cometería para vengarla. En cuanto á la tía Brígida, doblemos esa hoja; yo vivo en la placeta de Luque, y ella en la Isla; pero si la viera atravesar la calle de San Luis, para venir á mi casa, entonces la vuelta sería llevándola entre cuatro. Tengo mis motivos.

—Injustificados, Perete, sin fundamento. Era lógico que se enfureciera cuando golpeabas á su hija.

—Pero me maldijo, y así me veo, añadió con ronca voz. Y tengo dentro un gusano que me roe las entrañas, y me lo ha enviado ella, porque es bruja.

—Sosíégate, infeliz, le decía el maestro; ese daño que sientes es producto de las bebidas espirituosas. Toma sendos vasos de tila, y despues me darás las gracias.

El hombre prometía enmendarse. Cinco días estaba tranquilo, aunque taciturno y silencioso, y la pobre hija esperaba de la Virgen, de quién era muy devota, que el milagro continuase. Pero los buenos propósitos faltaban; y medio loco, desalentado volvía de noche, golpeando á la muchacha y haciendo añicos los restos de su miserable ajuar.



JUNTA DE ANDALUCIA

Cuando la abuela recibía noticias, por los vecinos, del desastre, redoblaba su enojo, y mesándose los cabellos, decía:

—Dios me ha dejado en el mundo para que vea el castigo de ese asesino, y me dará vida para que proteja á mi pobrecita Dolores.

Estas frases llegaban también á oídos del Perete y aumentaban su rabia.

En la calle próxima habitaba un oficial de carpintero llamado José Martínez, de veinte y cinco años de edad, y huérfano.

Una parienta lejana lo asistía, y contra la costumbre de muchos de su clase, no tenía vicios, ganando un crecido jornal en las obras de la ciudad. Oía misa y era mayordomo de las benditas Ánimas, muy estimado en aquellos contornos. Este puso los puntos en Dolores, pronto á contraer matrimonio, empleando sus ahorros; pero recibió dos repulsas, una de la favorecida, y otra de la Brígida, á quien fué á tomarle parecer.

¡Cosa extraña! La joven, modelo de hermosura y de honestidad, con la gracia peculiar de las andaluzas y el sello africano en sus negros ojos y en su moreno cútis, aunque libre de todo pensamiento amoroso, sea por los disgustos de su padre ó porque el artesano no le agradase, le contestó con benevolencia que estimaba su distinción, pero que nunca pensaba en adquirir obligaciones. La vieja fué más explícita.


—Aguanta tu cariño, José, le respondió, ese inícuo que ha quitado del mundo á mi hija, y ahora

repite lo mismo con mi nieta, es un abismo insuperable entre todo lo que sea ventura en la familia. Dios, que desde lo alto ve lo que pasa, sabrá disponer lo conveniente.

Y agarrando la rueca, con cuya ayuda mantenía sus cortas obligaciones, le daba vueltas vertiginosas, repitiendo:

—He de ver el castigo, he de verlo, y pronto.

## II.



Perete, como buén egoísta, tampoco aprobaba las pretensiones del carpintero. Pensar que podían quitarle el dominio de aquella mártir que le cuidaba como un ángel, y habituarse á la idea de vivir con un yerno que le echase en cara sus vicios, era cosa que le sumía en la desesperación.

Así es, que en una de sus borracheras lo insultó y quiso maltratarlo, concluyendo por quedar tendido en sus umbrales. José se hizo el prudente aguantando la pena del desvío en solicitud de mejores ocasiones, y en este estado trascurrieron algunos meses.

Por entonces llegaron á Granada varios capitanes de compañía, para enganchar voluntarios para las Américas.

Entre ellos vino D. Alfonso de Saldivar, galán y

pendenciero, tan útil en los campos de batalla como perjudicial en las ciudades. Protegido de la corte, sin otra ley que su capricho, tenía en su historia más de un borrón que empañaba su valor heroico delante del enemigo.

Buscando tunos y valentones que llevarse allende los mares, recorría los barrios, y en la taberna del arco de Fajalauza, entre otras conversaciones, le celebró su sargento la hermosura sin par de Dolores.

Hízole seña de que callase, y aquella noche tuvieron una conversación en secreto, en un cuarto del casarón anchuroso y triste que despues se llamara de *los Migueletes*.

Mientras, el tejedor en su delirio producido por el aguardiente, formó el designio de asesinar á su suegra. Abstraído en ese pensamiento no reparaba en la ronda que á su domicilio hacían pájaros de mal agüero. En cambio el bueno de José, no dormía, temiendo algún mal, que su lealtad le indicaba sin conocerlo.

Vino el día festivo, y Perete, que había trabajado como un negro para aumentar la soldada, despues de la comida se entró á beber. Fué tanto el aguardiente que consumiera, que al salir á la calle llevaba el rostro amoratado y la vista incierta.

Cuando llegó al sitio de la morada de Brígida, con el cuchillo en la mano para cumplir su venganza, aquella, que estaba en su puerta, no se movió siquiera, sino que le dijo:

—Infame, acuérdate de mi pobre Josefa.

Como herido de un rayo cayó en el suelo, víctima de un ataque cerebral, producido más que todo por el alcoholismo. Tan malo se puso, y tan sin conocimiento, que la abuela tuvo que prevenir á la nieta, y entre cuatro trabajadores hacer que lo llevaran á su domicilio.

Al dar las Ánimas, Dolores le dijo:

—Idos, madre Brígida, no sea que despierte y os vea. Esto se le suele pasar con agua fresca, y es preciso evitar mayores disgustos.

—El cielo lo confunda; á mí quererme asesinar, cuando sabe que quedé para su castigo. Esta ya no pasa; tu mucha bondad le hace más daño que beneficio y mañana el señor Corregidor, tendrá que enterarse de este nuevo crimen.

La rencorosa anciana, se fué murmurando imprecaciones, y la humilde vivienda quedó, al parecer, sumida en el silencio.

Cuatro horas despues, Dolores, que no se había desnudado velando á su padre, sintió abrir la puerta con una llave ganzúa. Temblando de miedo, se acurrucó contra el enfermo, sin poder articular un grito, cuando seis hombres con el traje de alguaciles del Santo Oficio, la asieron por los brazos y amordazándola, la llevaron á una cerrada litera apostada en la esquina inmediata.

Perete abrió en aquel momento los ojos, y al ver que se llevaban su hija prorrumpió en gritos roncocos, queriendo levantarse y sacudir su letargo. En vano. Una terrible parálisis le tenía clavado para siempre en el lecho.



Real Monasterio de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

Un hombre presenciaba oculto en la sombra la terrible escena. José el carpintero. Cuando la litera echó á andar conducida por cuatro robustos jayanes, se puso en su seguimiento. Pero no habían entrado en la calle de San Buenaventura, cuando por detrás le dieron terribles golpes en la cabeza, cayendo atontado sobre el pavimento. Solo escuchó entre blasfemias estas palabras.

—Dadle fuerte, á ver si así satisface su curiosidad.

### III.

Quando al otro dia fueron á participarle á Brigida las dos opuestas noticias de que su yerno agonizaba, y que su nieta no parecía, creyó perder la cabeza.

Se trasladó enseguida casa de aquel, que en el parasismo de su rabia solo podía balbucear.

—Me la han robado... la Inquisición... los hombres negros...

No volvió á pronunciar palabra. El tener á la suegra á la vista, terminó lo que el ataque apoplético comenzara. Murió en seguida, siendo acompañado su cadáver por el maestro y operarios del telar.



Lo que el vecindario tuvo que darle á la lengua ante sucesos tan inesperados, no necesita explicación. Hasta José, el hombre más pacífico de la parroquia, encontrárasele molido y asendereado con una semana sin trabajar, la primera sin duda en luengos años, era para que lloviesen los comentarios, y las conjeturas formadas llegasen á punto de lo maravilloso. Mas en balde. Ninguno sabía nada. Brígida, despues de ponerse de acuerdo con el carpintero, se encerró en un mutismo absoluto, trasladándose á la habitación mortuoria, con la indispensable rueca por exclusiva compañera.

Si embargo, las declaraciones del yerno, y el afecto que le profesaba á la honrada Dolores, hizo que personas de valimiento se acercasen al Santo Tribunal, recibiendo las mayores seguridades de que nadie había ordenado prender á la jóven, contra la que no resultaba cargo ni anotación en registros de los adversarios de la fé.

El misterio estuvo medio aclarado á los quince días, al presentarse una mañana Dolores en su habitación.

Con mirarla se comprendían sus sufrimientos. Era una sombra de lo que fué. Interrogada por la justicia, dijo como había sido robada, poniéndole una mordaza y una venda en el rostro, ignorando las personas y al sitio donde la condujeron. Que no vio la luz y estuvo adormecida casi siempre. Que por último se halló al amanecer sentada en un banco de piedra en el puente de las Cornetas, dirigiéndose al despertar á su morada.

Lo ocurrido á su padre y á ella la puso á los bordes del sepulcro. José acompañaba á la anciana y no le faltaron recursos de ninguna clase.

Sin embargo, la Dolores estaba resuelta á morir, y ya perdían la esperanza de que se medicinase, sus desconsolados guardadores, cuando en el momento más inesperado aceptó todos los auxilios, demostrando una energía y una docilidad inexplicables. ¿Qué pasaba? Llorosa y ruborizada lo confesó á la abuela y á José. Había sentido un sér en sus entrañas y necesitaba vivir. El crimen daba sus frutos. El carpintero entonces, en un arranque de bondad y de cariño le ofreció casarse con ella y evitar lo que pudiera decirse de su honra. Dolores le dió sinceras gracias, rogándole no las desamparase, pero no aceptó la propuesta.

—Aunque ignoro su nombre y sus señas, mi hijo tiene un padre. Dios no puede tolerar que esto quede así, y en su infinita misericordia confío.

El bondadoso artesano accedió á todo, siempre que le dejasen ser como uno de la familia.

La vieja, brillándole la mirada que metía espanto, murmuraba:

—Ya he visto el castigo de uno, me queda el de otros. Para algo me tiene Su Majestad en el mundo.

Despues se marchaba al dintel de la Iglesia fijándose en cuantos hidalgos entraban á los piadosos ejercicios. Algunos trataban de darla limosna, pero respondía hurañá y feroz.

—Yo nada necesito; tengo de sobra con mi rue-

ca. Busco otra cosa, y en la cara descubriré quién ha sido el verdugo de mi nieta.

Cuando Dolores pudo abandonar el lecho, lo primero que hizo fué arrodillarse ante un cuadro en lienzo de la Santísima Virgen, diciéndola:

—Madre de afligidos, hago solemne voto de tener una luz constante alumbrando tu divina imágen, si intercedes con tu amantísimo Hijo para que este desgraciado sér de mi alma, encuentre el autor de sus días, y no sufra las penas que me combaten.

#### IV.

Han transcurrido diez y seis años. La jóven había dado á luz una preciosa niña, vivo retrato de su madre, pero más fina, más elegante, más señora, por decirlo así, que la descendiente del humilde tejedor. La nobleza de su raza se le notaba al mirarla, y á estar equipada con los trajes y tocados de las damas castellanas, hubiera sido la principal figura entre ellas. Siempre acompañada de Dolores y la abuela, y de noche de José, que la contemplaba como un servidor, pues tal dominio ejércia sobre él, vivian respectivamente tranquilas y en la abundancia, pues eran las dos excelentes costureras. Mas persona viviente no traspasaba sus umbrales. La



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

luz seguía ardiendo ante la imágen, y la esperanza del milagro se conservaba en los corazones.

La Brígida, ya con ochenta y seis navidades, rugosa y flaca, pero ágil, no se cansaba de repetir su estribillo.

—He de verlo, para algo se me concede tan larga vida.

Excusado es añadir que idolatraba á su biznieta.

Una hermosa mañana de Setiembre, á la hora que el sol brilla con toda su esplendidez, los moradores de aquellos contornos tuvieron motivo para recrearse con una nueva sorpresa.

Un caballero como de veinte y cinco años, de una belleza notable, vestido con lujo, y ginete en un arrogante corcel castaño, seguido de un paje ataviado á la flamenca y montando una jaca cordobesa, acompañados de un ministril del distrito, se detuvieron, desmontando en la mezquina placeta de Luque.

—¿Es aquí donde vive la honrada señora Dolores Sanchez? preguntó el hidalgo al corchete.

—En frente nació y mora Dolores Sachez, la hija de Perete. El señorío no se le conoce en el cuartel, y en cuanto á lo de honrada, sí lo es como la primera; pero tiene una hija, y no le han leído la epístola de San Pablo en la parroquia.

—Sois un galopín y un murmurador, le interrumpió el mancebo; tomad este doblón y bebed á la salud de tan respetable dama, y de su noble hija, que es tan alta, que casi no podrías hablarla sino de rodillas.

Saludó humildemente el de la vara y á poco rato ya sabía la historia el Albaicín por entero.

Sobre ascuas estaban las mujeres con la extraña aparición, y aunque la hora, la franca fisonomía de los visitantes, y el ir acompañados de un dependiente de la justicia, quitaban todo recelo, destacaron no obstante una chiquilla en aviso de José, que trabajaba en su casa, en la callejuela de las Cuestecillas.

—¿Dais permiso? preguntó descubriendo su cabeza con toda cortesanía el recién llegado.

El paje cuidaba de los animales.

—Entrad, si es para bien, le respondió Dolores mirando á la imagen de la Virgen.

El caballero tomó asiento. Su rubia y rizada cabellera, la expresión de belleza varonil de su rostro las tranquilizó por completo. María, la rosa gentil de diez y seis abriles no apartaba la vista del jóven. Y cosa extraña. Ambos tenían un parecido, un algo de semejanza que resaltaba en el instante. Llegó José. La vieja se acurrucó en un ángulo.

—Lo que tengo que hablaros, importa no sea ahora público, señora, añadió.

—Puede decirse, estamos en familia, caballero. Es mi abuela, mi hija, y este hombre, el único consuelo y protector que nos resta.

—No han de faltaros, Dolores; mas, siendo así, escuchadme. ¿Recordais á un arrogante capitán llamado D. Alfonso de Zaldivar?

—No señor, dijo con seguridad la interrogada.

—¿Cómo? ¿No visteis su figura? ¿Pudisteis olvidarla acaso?



JUNTA DE ANDALUCÍA

CC-0. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

—Nunca; ignoro de quién habláis.

—¡Me habré engañado! Pero si no es posible. Las señas son exactas, y me basta contemplar á esta noble y bellissima doncella.

—Explicaos, por Jesucristo, dijo José. ¿Qué queréis y quién os envía?

—Seré franco, pero imitadme. Vengo de América, y cuatro dias hace de Cádiz, y aunque he de establecerme con mi madre en esta ciudad, mi primer trabajo ha sido cumplir la voluntad sagrada de un moribundo. Don Alfonso era mi tio, y de su boca escuché parte de la locura, que no llamaré crimen, visto su arrepentimiento, que cometió con vuestra inocencia. Pero aunque obligada y todo, dificulto que teniendo tan bellas prendas personales no se presentara para que no lo pudiéseis olvidar.

—Me llevaron á una habitación subterránea, y aletargada casi siempre, no puedo dar cuenta de aquellos actos.

—Así eran tan horribles sus remordimientos. Pobre señora, bastante habeis sufrido. Y el resultado sin duda fué....

—Mi hija María, que hasta el presente ignora, como yo, quién fuera su padre.

—Pero no así mi deudo. El infame sargento que era el instigador de sus vicios, le avisó el nacimiento de esta dama, y de haberos entregado una fuerte suma de dinero.

—No es verdad; desconozco á ese sujeto.

—Y lo creo. Ya pagó caro su fechoria. Pues bién, ahora se trata de reparar el daño causado. Don Al-

fonso, á pesar de sus extravíos, era un cumplido militar. Sus eminentes servicios le valieron repetidos ascensos y mercedes de la corona. Ha muerto soltero, pues desde vuestra aventura, parecía que un crespon fúnebre velaba sus placeres. Al encargarme de este difícil cometido, me confesó que os había abandonado en un paseo público y sin sentido, en el acto de marcharse de Granada. Que como tantas otras, creyó olvidar su villanía, pero que no lo consiguió jamás. Que cuantos informes tomaba le decían vuestra excelente condición y las penas que devorabais. En la creencia de que en lo posible había reparado el mal, dejó trascurrieran tan largos años, pero que al saber lo verdadero, hubiese abandonado el Nuevo Mundo á no haberle sorprendido la muerte. Me entregó documentos en forma que os dejo, en los que reconoce como su hija y única heredera á la vuestra, os dota con esplendor, y os pide vuestro perdón y vuestras oraciones. Estas escrituras están en debida forma. Podeis consultarlas con cuantos letrados os parezca, y recibiros á placer de mí las sumas y bienes que he de entregaros.

Dolores, levantándose, se prosternó con su hija ante la Virgen, rezando una corta oración. Despues dijo:

—Que Dios lo perdone como yo lo hago, y María unirá sus plegarias á mis súplicas. Nada necesito, caballero, todo para su hija. El milagro se ha verificado, que el cielo no abandona á los afligidos que en él confian.

—Como gustéis, pero al menos recibid esta sortija, que me dijo os entregara, como símbolo de perdón.

—La acepto, ya que mi hija será feliz á cambio de mi desdicha.

El llanto acudió á todos los ojos, hasta á los de la abuela, que exclamaba:

—Por algo vivo, ya puede disponer de mí Su Divina Majestad; ya estoy vengada.

—Ahora, exclamó levantándose D. Fadrique de Mendoza, el bizarro conductor de las plácidas nuevas, solo me resta me reconozcais como vuestro primo, vos D.<sup>a</sup> María de Zaldivar, Marquesa de Fuente del Águila, y vos, señora, mientras disponeis otra cosa, me concedais permiso para venir á saludaros.

É inclinándose ante ambas, que le contestaron:

—Cuando gustéis, señor, montó á caballo en dirección á la ciudad.

Ni ellas ni José salían de su asombro.

—Si es un sueño, murmuraban, es muy hermoso, pero los papeles están aquí. Id, José, y que los examine por caridad el Sr. Cura.

Este volvió despues de un largo rato.

—Todo es verdad, les dijo, no solo el Sr. Cura, sino un relator de la Chancillería, á quien trabajo, me lo aseguran, y se ofrecen á servirnos.

Desde que corrió la noticia de sus riquezas, de todas partes llovían los ofrecimientos.



V.

Dios mejoró sus horas en la descendencia del infortunado Perete.

Los primos, á las pocas veces de tratarse, conocieron que habían nacido el uno para el otro, y la boda no se hizo esperar, ocupando una suntuosa vivienda en el Campo del Príncipe, con la madre del esposo, uniendo así, nobleza, amor y caudal.

Dolores no quiso cambiar en nada su modo de ser. Únicamente adornó su casa de una manera más conveniente, tomando dos sirvientas para la anciana ya impedida, que era feliz cada vez que su biznieta la visitaba.

Cuando esta le presentó un robusto niño, que era su cuarta generación, volvió sonriendo á su estribillo de siempre.

—Para algo estoy en este mundo, esto me quedaba que ver. El Señor sea loado.

Al honradísimo carpintero, ya viejo solterón y consultado como oráculo en la feligresía, se le prohibió trabajar por su ahijada la Sra. Marquesa, y obediente como de costumbre se fué á vivir con ellos, siendo el acompañante en las visitas á su antiguo barrio, en cuyo acto era doblemente dichoso.



JUNTA DE ANDALUCIA

Biblioteca Monumental de la Alcazara y Generalife  
CONFERIA DE CULTURA

—153—

Todavía se conserva en la placeta el cuadro de la imágen, con su luz encendida por las noches, en un nicho en la fachada principal, que por lo extraño de su arquitectura choca á los que la contemplan por vez primera, y que conserva la tradición de la *Virgen del Voto*.



JUNTA DE ANDALUCÍA

---

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

---

## LA GOLILLA DE CARTUJA.

### Leyenda.

#### I.

Ciudad de las mil torres, patria mia, hoy vuelvo otra vez á admirarte.

La luna aparece con todo su esplendor en el firmamento, y abandono mi rincón de *las Tres Estrellas*, para aspirar un poco de aire en las campesinas alturas, que el abrasado Agosto convierte en desolados eriales.

La antigua iglesia de San Gregorio me guía al callejón de la *Albérzana*, cuya casa aún conserva restos de sus poseedores moriscos; descubro á la izquierda los derruidos torreones de la formidable cerca de la primitiva *Iliberis*, y cruzando la senda que abrieran los invasores franceses para comunicarse con los pueblos de Levante, entro en el accidentado terreno de montecillos y barrancos que conducen al célebre *panderete de las Brujas*.

¡Qué cuadro tan encantador se descubre desde la *Golilla*, á quien dá actualmente nombre el renombrado monasterio de la Cartuja!



Granada parece un transunto del soñado Paraíso. Al lejos, el alto pico del Veleta refleja los rayos de plata del astro de la noche; y en el opuesto lado, la volcánica Sierra de Elvira ostenta la elevadísima atalaya donde los vigías musulmanes avisaban á la corte de Alhama las talas de los guerreros de Castilla.

Á la espalda, forman el marco las empinadas crestas de los montes de Alfacar y de Cogollos; y la nebulosa *Parapanda*, señaladora de lluvias, se extiende hasta tocar con la sierra de Alhama, á cuyos piés anida aquella población, que fuera llave de la comarca granadina, y que conquistó el famoso Marqués de Cádiz, como desquite de la sangrienta sorpresa de Zahara. Y en medio, fertilizada por las unidas corrientes del Dauro y del Genil, se presenta la dilatada Vega, con sus frondosas huertas, sus risueños caseríos y sus viñedos y olivares, como mansión de eterno deleite, como tesoro de poesía, como lugar de todas las bienandanzas.

Y la soñadora imaginación, al querer descubrir aún más espacio entre la apartada bruma, mira al cabo de las dehesas de saludable frescura de la Nevada Sierra, en el camino que busca la candente arena de la costa, al paisaje que el *suspiro del moro* designó con nombre eterno, y se figura divisar, despues de tantos siglos, el rostro varonil de Aixa, escuchando las amargas palabras de despedida de Boabdil el desventurado.

Y entonces, reconcentrando el pensamiento en tantas grandezas perdidas, descendiendo del mirador

hasta la valiosa Acequia de *Ainadamar*, y tropieza mi vista con los informes restos del magnífico *Albercón de las Damas*, lago en pequeño que se llenaba con las cristalinas aguas del famoso *Nacimiento*, y donde los caballeros musulimes daban combates navales á sus damas, como diferente y no visto espectáculo de los torneos de *Bib-rambla*, y de los saraos del maravilloso palacio árabe.

Porque aquellos guerreros que conquistaron para su cuna el nombre de la *Damasco de Occidente*, eran la flor de la galantería y el espejo de los amantes. Y desde el magnífico *Rey de Arjona*, jefe de la dinastía de *Nazar*, hasta el mal aventurado que hubo de entregar las llaves de su reino al conquistador, todos ellos rendían culto firmísimo y respetuoso, á la belleza y al amor.

Hoy cubren enredadoras zarzas y tupidas yedras los vestigios del anchuroso receptáculo, que aún no ha devorado el tiempo, y donde los dorados esquifes de los walies musulmanes, cubiertos de preciadadas sedas sus bordes y remos, cruzaban las tranquilas ondas, y en las tribunas desde cuyo dorado circuito las beldades agarenas arrojaban flores y vertían perfumes sobre el vencedor, solo se descubren tierras endurecidas por los rayos del sol de estío, y huecos informes donde anidan asustadizos reptiles.

Todo pasa, y la nación que se desgarrá en intestinas discordias, bién lo dice el verdadero Evangelio, no puede subsistir entre las demás. En cambio, la fé de Cristo, que forma los mártires y los héroes,



construyó también el suntuosísimo Monasterio dedicado á San Bruno, cuya cerca de tapias detiene mis pasos, y que es maravilla del arte, admiración de propios y de extraños, y emblema de la iamortal hazaña que su elevación ocasionara.

Porque el gran Gonzalo de Córdoba, nuevo Cid de la Reconquista, no podía menos de pensar que Dios es la fuente de todo bién, y el que presta su fortaleza al guerrero, y el que con su milagrosa ayuda lo salva de los peligros más inminentes. Así es, que cuando el arrojado caudillo, llevado de su ardimiento, cayó en traidora emboscada, en las vertientes del cerro que designamos, su confianza en el Todopoderoso, más aún que el empuje de su lanza, le hizo tornar con vida á los reales de Santafé. Y el voto que elevó al cielo en el momento del peligro, debía cumplirlo, como ferviente cristiano, y sus huertas de *la Alcudia*, y otros bienes de su patrimonio fueron entregados á los frailes cartujos, que llevaron á efecto la voluntad del triunfador de Italia.

Los años han pasado, reduciendo á polvo ciudades y fortalezas, borrando recuerdos y glorias, pero la Cruz del Redentor se eleva en la Cartuja granadina, y causan asombro sus frescos, que parecen terminados ayer, y los embutidos de nácar, plata y márfil de sus puertas, y el perfume de la madera de los estantes de su primorosa sacristía, indican que un poder sobrenatural vela por el edificio, que detendrá siempre el vendabal de las pasiones mundanales.

.....  
Pero dejemos ahora las cosas celestes, y ocupémonos un poco de las de la tierra.

## II.

Hay que volver atrás cerca de cuatro siglos.

En la subida á mano izquierda del entonces *Castillo del Aceituno*, pegada á la muralla de *la cerca de D. Gonzalo*, como una escrecencia de aquella argamasa fortísima que desafia aún las inclemencias del tiempo, se descubría una casucha miserable de un sólo piso á teja vana, con un huertecillo cercado de pinchos, con unas raquíticas higueras por toda vegetación.

Habia muy pocos años que ocurriera la conquista de Granada, y la ciudad conservaba todo su aspecto árabe, y el vecindario era morisco en su inmensa mayoría.

Una vieja harapienta, de aceitunada tez, pero ágil y vigorosa, habitaba en el sitio descrito.

Llamábase *Ruhania*, que significa en castellano fantasma, y era de raza desconocida.

Sola moraba, perdiéndose de día, y apareciendo por las noches.

Su pobreza y su fealdad la ponían á salvo de otros peligros.



JUNTA DE ANDALUCIA

Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

Sin embargo, los naturales la respetaban, y los conquistadores la tenían por una despreciable hechicera.

Pero la forma de sus hechizos no deberían ser nada de amorosos, porque ni una sola mujer traspasaba sus umbrales.

Eran hombres, moros se entiende, y de distintas edades y condiciones.

Para visitarla, se buscaban las noches más oscuras y perturbadas por los elementos.

Acaso hubiérase podido verlos entrar, pero salir, nunca.

Para averiguar el secreto, era necesario que levantando el repugnante jergón que le servía de lecho, se apretase un disimulado resorte, y apareciese la entrada de un oscuro subterráneo donde aquellos se congregaban.

Horas despues, por la entrada ruínosa de una pequeña cueva que daba á la hoy cuesta de San Antonio, aparecían por intervalos bultos humanos saliendo con las mayores precauciones.

¿Tendrían alguna conexión con los de la vieja?

Ya se vé, los moriscos, en el orgullo de su estirpe y de su antiguo poderío, sobrellevaban con mal disimulado enojo el yugo que les imponían los altivos conquistadores.

Si deseamos conocer este misterioso subterráneo, es menester aventurarnos en una escursión con la anciana.

Una noche volvió de la ciudad más tarde que de costumbre. Llevaba en la cadera un saco cuidado-



samente atado, y por apoyo un grueso palo de encina.

En su habitación la esperaba un extraño compañero. Vestido con el traje de uso de los esclavos musulmanes, un negro robusto, estaba sentado en el escabel junto al hogar.

La vieja sin chocarle la aparición, dijo:

—Eblis, estoy pronta. Marchemos.

Y sin más conversación abrieron la trampa. Entraron en la mina á que se bajaba por una pendiente escalera, y recorriendo las sinuosidades del terreno, sin más luz que la que arrojaba una tea de pino que encendió el esclavo, dieron con la salida. Ya en el campo, como prácticos en las veredas y sin arredrarles la oscuridad, ascendieron hasta la *Golilla*.

En la cúspide, con unos extraños ingredientes produjeron una pequeña luz azulada, pero muy viva, á la que á poco rato respondieron desde las opuestas colinas otras semejantes

—Ya están las brujas en su aquelarre; decían santiguándose las mujeres de los soldados, ó las aldeanas venidas de tierras gallegas á cultivar los feudos repartidos á sus señores. Va á ser preciso abandonar esta pícara tierra de moros, ó encerrarse bajo las tejas en cuanto se recen las oraciones.

Y así lo verificaban, no dejando de mover las lenguas hasta la salida de la aurora.

Mientras, Ruhania y el negro prestaban la mayor atención. Trascurrió una hora, y ténues silbidos como los de una culebra en los matorrales, llegaron á escucharse, y á poco como reptiles deslizándose



contra el suelo, aparecieron unos tras de otros hasta quince hombres, armados de puñales y de ballestas. A cada uno fué entregando la maga un puñado de medallas de las que contenía el saco que trajo de la ciudad, y concluidas de repartir apagó la llama que le servía para señales, murmurando en lengua árabe.

—Cuando la nueva luna aparezca en el firmamento, se repetirán los avisos para que deis razón de vuestras comisiones. Que Allah os ilumine y guarde.

Como por encanto desaparecieron, y enseguida la vieja y el nubio volvieron á ganar su cubil.

Las continuas llamaradas que se producían en el cerro, no podían escapar á la vigilancia de los centinelas de Mondejar. Este dió severas órdenes á los alcaldes del crimen de la nueva Chancillería, y los espiones y alguaciles se pusieron sobre la pista.

Un mes no había trascurrido desde la última salida de Ruhana, cuando en su vivienda y á las altas horas de la noche, tres moros con trajes de arcabuceros conversaban en voz baja.

—Es preciso que vuelvas á encender tus llamaradas. Necesito saber el número de hombres de corazón con que se cuenta para nuestro plan. Mahoma no puede permitir que sus mezquitas sean profanadas, y que las vírgenes mahometanas, tengan que enseñar su rostro á los impíos.

—Pero nos vigilan, Faráx, eso lo sabemos todos y cualquier imprudencia sería la muerte.

—Tienes miedo; ¡tú, la que no sueña sino en vengar á tus hijos muertos en las orillas del Genil!

Nada de dudas. Los santones lo dicen. Pronto ó tarde, vendrá un rey á recoger la herencia del desdichado Boabdil, y es necesario que sepa los que han de verter su sangre en las batallas.

—Cúmplase tu deseo, moro. Eblis, sígueme.

—Nosotros te acompañaremos, á participar de los peligros.

—Guardaos para mejor ocasión; para combatir sois pocos, y para mi empresa muchos.

Entonces se retiraron, y ella tomó su acostumbrado camino, seguida del espantable servidor.

Al verificar la subida de costumbre no pudieron descubrir unos bultos que recatándose les seguían desde la mina del agua.

Absortos en su temeraria empresa, y confiados en el silencio y en las tinieblas, llegaron al sitio y produjeron la primera llamarada.

Una descarga de arcabucería atronó el espacio, pero sin herirles.

Á los ministriles y gente de curia, el Marqués alcaide había añadido una compañía de sus más decididos veteranos.

La Golilla estaba cercada como con una espesa muralla.

—Bién lo dije, somos perdidos, y apagó instantáneamente la luz.

—No moriré sin llevarme algunas víctimas á los espacios, le replicó Eblis, armando una ballesta.

Las balas habían silbado sin herirles.

—Aguarda, voy á poner en juego mis artes. Si encuentro salida, sígueme.

El capitán ordenó que los paisanos y los suyos, fuesen estrechando el círculo, como si se tratase de acorralar unas fieras.

Los primeros no las tenían todas consigo. Eran mejores para registrar las casas en busca de multas y socaliñas, que no andar en aventuras campales y peligrosos trasnochamientos.

De pronto la cúspide se inflamó como por arte mágica, y dentro de una aureola de color violeta, vieron los atónitos cercadores á la horrible vieja desmelenada maldiciéndolos, y al terrible negro que encarando su arma, dejó tendido al alcalde del crimen de un saetazo en el pecho.

—Es la bruja y el demonio que ha acudido á sus evocaciones, exclamaron en coro los de justicia. Sálvese el que pueda, y como jauría desbandada, uno cae otro levanta, abandonaron el lugar.

E. a soldado de corazón duro, el que mandaba la tropa. Mandó estrechar las filas, añadiendo:

—Diablos ó séres humanos han de pagar sus crímenes. A ese fuego responderemos con otro mayor. Y rociando con pólvora los arbustos y yerbas agostadas, se produjo una inmensa hoguera cuyas oleadas de humo no cesaron hasta los primeros rayos del día.

Los arcabuceros continuaban en sus puestos.

—No han podido escaparse, dijo el capitán, sus huesos ó sus cenizas las encontraremos en las alturas.

—Mi capitán, buscaremos en vano, he creído verlos volando fuera de las llamas, y aún que el diablo apoyó sus garras en mi casco

Y en ello decía verdad el soldado. No era de los más decididos y los dejó pasar sin hacer uso de sus armas.

Después de un escrupuloso registro, tuvieron que retirarse avergonzados de su hazaña.

Los moriscos se agitaban siempre, y no cesaron de estar dispuestos hasta que estalló la sangrienta rebelión de las Alpujarras.

No volvieron á descubrirse luces de aquella especie en la *Golilla*, pero bastó lo sucedido para que los espíritus débiles creyesen á puño cerrado en las proezas de Satanás en aquel sitio, denominado desde entónces *el panderón de las Brujas*.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

---

---

## LA CASA DEL CARNERO.

### Tradición.

#### I.

Érase que se era, lector amable, y va de cuento, una noche más oscura que clara, del mes de Noviembre del año de 1742.

Granada, como todas las ciudades de España por aquellos tiempos, tenía la costumbre de que sus moradores se recogiesen temprano, pues no existían, no sé si por desgracia ó por fortuna, casinos y teatros, y reuniones que acabasen con la madrugada. Se encontraban, como desde los primeros tiempos, casas de pecado, mancebías y garitos, que el mundo siempre fué mundo, y la especie humana frágil y maleante. Pero se evitaba el escándalo, las rondas y los aguaciles no sosegaban en su persecución, é íbamos viviendo, salvo alguno que otro garrotazo al revolver de una esquina, ó el nada apacible grito de «muerto soy» que resonaba en algun oscuro paraje, á el que siempre sucedía el no menos terrorífico de «favor á la justicia.»

Por eso, chocaba al vecindario que se oyese ruido en cualquiera vivienda después del toque de

ánimas, y que el resplandor de una luz franquease las rendijas de las ventanas.

Y no era el reflejo de una luz, sino el de muchas más, el que se notaba salir de la gran reja de un antiguo edificio situado en la callejuela sombría que desemboca en la placeta de la Concepción. De vez en cuando reprimidos sollozos se escuchaban, y ese rumor que se produce por distintas conversaciones en voz baja.

Tratábase de un *velatorio*. Había fallecido el dueño de la casa, desgraciadamente sin confesión, motivado por un repentino accidente, y esto era el tema obligado de los diálogos, y sobre todo el de la filípica que el padre lector del cercano convento de la Victoria, enderezaba á los oyentes, con su añadidura de diablos en perspectiva, y de necesidad de un fuerte exorcismo para que los *malos* desalojasen la habitación y el cuerpo del difunto.

Así es, que el miedo se había apoderado de los ánimos, especialmente de las mujeres, que ya se figuraban ir en andas con Lucifer, aunque algunas por tal de acompañarse con varon, dieran por bién empleado el sucedido.

—Consuélese usted, señora Marta, decía otra viuda añeja, á la de pocas horas antes. Nuestras oraciones lograrán el eterno descanso del alma de D. Restituto.

—Nunca se me quitará la pena de no haber visto entrar por estos humildes umbrales al Santo Viático para mi esposo. Cuánto me aflige Su Divina Majestad.



Patrimonio Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSELERIA DE CULTURA

—Nuestros pecados, nuestros delitos, añadía el fraile, con voz extentórea. Ya se lo dije en distintas ocasiones á su cónyuge. Es necesario tener muy limpia la conciencia, porque la muerte llega sin avisar, y su cuello corto, y constitución apoplética daban seguro indicio. Pero ya impetraremos el perdón del Ser Supremo, con trescientas misas que se aplicarán por el eterno descanso de su alma.

—Las que fueren necesarias, P. Francisco, aunque tenga que vender los zarcillos de lazo que me regaló cuando la boda.

—Como sabe que el platero es su compadre y se los devolverá enseguida, por eso viene tan mística la de los lutos, murmuró la mujer de un alferez de los tercios al oído de otra militar, que se sonrió al escucharla.

—Pues si se murió por tener el cuello grueso, lo que es el buen Padre, no llega ni al amanecer, dijo una descarada mozueta por lo bajo á otra joven muy linda que aparentaba llorar tapándose con el abanico.

—Si la mandadera dice que la causa de su enfermedad, fué beberse de un solo trago una botella de aguardiente de guindas que parecía una tinaja. ¡El pescuezo qué tiene que ver en estos entrecijos! Pues á morrillo y á gordinflón, pocos habrá que le ganen al presente.

—Julianita, decía un caballerito como un espárrago á otra damisela sentada á su lado, deja caer el pañuelo y al recogerlo alargaré una carta.

—Jesús, no me atrevo, que mamá está con cien



ojos. Pero antes de la última palabra ya estaba el lienzo en el esterado.

—Niña, vente aquí orilla, le dijo la mamá que se había apercebido de la maniobra.

—A buena hora mangas verdes, añadió para sí, el abogado D. Lucas, que era muy visita de la casa.

Juliana se puso en pié para obedecer la orden, pero tuvo la desgracia de tropezar con las piernas de una señora que se había quedado dormida, cuyos ronquidos achacaban á sollozos, y rodó cuan larga era por los suelos.

La carcajada fué universal. En los duelos, mientras más sérios y cariacontecidos están los concurrentes, el menor detalle basta para dar suelta á la hilaridad que estaba contenida.

Por fin, se restableció la calma, no sin que durasen un buen cuarto de hora los comentarios, amén de un par de pellizcos que la autora de sus días, propinó á la desgraciada.

El fraile levantó el campo rezando unas oraciones, cuando el chisporrotear de la cera en la vecina habitación avisó de que necesitaban despavilarse las velas.

Era costumbre antigua en los pésames recogerse en la sala principal, dejando al muerto en otra habitación cercana, con cuatro ú ocho luces, sin más compañía que el criado ó muchacho encargado de atizarlas. Este, que era un zagalón medio simple, se había dormido, y cuando le despertaron se levantó tan soliviantado que echó á rodar los candeleros, dando el más espantoso grito.



Patrimonio Cultural de la Andalucía y Generalife  
JUNTA DE ANDALUCIA DE CULTURA

Ni un rayo que hubiese caído en la tertulia, produjera más confusión ni mayor espanto. Ninguno encontraba la puerta para huir, en la creencia de que el difunto resucitaba, ó se lo llevaban los enemigos; todo eran gritos y ahora verdaderos sollozos, distinguiéndose la viuda que agarrada del platero, tiritaba como un calenturiento. El fraile se había refugiado en la despensa, los novios en el comedor, y las militares en la alcoba.

Por fin se restableció el orden después de nuevas carreras, fueron asomándose de puntillas á los umbrales del cuarto mortuorio, y así que se convencieron de que no daba acuerdo de su persona, se retiraron, no sin haberse sorbido antes sendas tazas de tila y de calaguala, que fueron de chocolate para el padre lector y el sexo barbudo, por aquello de que los duelos con pan son menos, cuando ya el lucero que avisa la hora de las migas á los pastores, asomaba en el firmamento, y causando algún escándalo en las rondas de *pan* y *huevo*, encontrar tan caracterizadas personas en las calles.

## II.

Trascurrió una Noche-buena después de los sucesos referidos, y la Sra. Marta pasó á segundas nupcias con el artifice, yéndose á vivir á una tienda en

la Alcaicería. ¿Qué motivara el repentino cambio de domicilio? Pues tuvo muy fácil explicación. El público, desde la noche del velatorio miraba con prevención aquella morada, en la creencia de que el espíritu del difunto andaba trasteando por los rincones. Aumentaban las habladurías las sirvientas, regañabales la dueña que se burlaba de semejantes preocupaciones, y que no temiendo en vida al esposo, era lógico no asustarse de él cuando muerto.

Pero una tarde, á las tres semanas de contraído el segundo matrimonio, á Marta le ocurrió entretenerse en regar las macetas colocadas en el patio. Bajó diligente, y de la carbonera entreabierta vió salir un precioso borrego con los cuernos de oro. Apenas daba crédito á sus ojos ante la presencia del animalillo, que despues de ponersele delante como interceptándole el camino, tomó carrera y le arrimó tan fuerte topetada en las nalgas que cayó á lo largo en los escalones. Desde aquel punto y hora no sosegó la viuda en cambiar de domicilio, pues aunque el platero hizo minucioso registro en todos los ángulos, no halló ni señales del lanudo duende, sino un cardenal, y no romano, en las carnes de su nueva cónyuge.

De público se atribuyó el suceso á venganza marital, afirmando muchas hembras, que el espectáculo de un esposo convertido en carnero no era ninguna obra nueva, ni materia para medidas tan racionales.

Sola se quedó la casa, hasta que adoptaron la receta de dedicarla para albergue de vecinos. Al-



Conservación de la Memoria y Generalife  
CONSEJERA DE CULTURA

quilaron hasta los últimos rincones; pero siempre en el aniversario ocurría algo que tenía los ánimos en expectación, y creciendo de pública voz y fama la pésima reputación del edificio.

Hace bastantes años, que un maestro barbero y saugrador, como se titulaba, de nombre Aguilar, habitaba en ella. No era el buen rapista de los asustadizos ni dengosos, antes bién, lo mismo asistía á ver una ejecución de seis ó siete malhechores, que á llevar un cirio en las procesiones de la parroquia. Aunque algunas veces me burlaba más de lo justo de su frac de color indefinible, y de su peluca de desiguales tintas, pues era el sujeto petimetre en el vestir, y amante de las hijas de Eva, no por eso dejábamos de compartir amigablemente, y escuchar yo con paciencia sus largas disertaciones sobre la valía de los tiempos antiguos, y de las excelencias de la Inquisición que quemaba, y del real Acuerdo, que mandaba engarrotar por docenas todos los domingos. Sabía mi afición á las leyendas, y á los cuentos maravillosos que acaecieran en lo que antes formaba la ciudad antigua, ó sea el Albaicín y sus comarcas, y una mañana que nos encontramos solos, preguntándole sobre la certeza de los *espantos* que se achacaban á su vivienda, me dijo:

—Yo por mi parte soy como Santo Tomás, ver y creer; porque los ruidos que escucho á media noche tanto pueden ser de espíritus foletos, como de ratas hambrientas ó de gatos enamorados. Pero lo que sí puedo decirle es la relación siguiente, en

que fué protagonista Claudia Jimenez, prima segunda de mi primera esposa.

«Era mi parienta mujer de un rastillador de cáñamo, tan enemigo de trabajar como de beberse un azumbre de vino de las caserías. Afirmaba que el no doblar la raspa consistía en que le dañaba el pecho el polvillo que levantaba la hilaza; y para cuyo remedio el sorbo era el único y exclusivo antídoto. Así es, que andaba la procesión de las ánimas por los estómagos, y la correa de sujetarse las pretinas, por todo el cuerpo de la desgraciada Claudia, caía vez que esta hablaba de su necesidad de jornales y del mantenimiento de la prole. Dios la había criado tan fecunda que diera á luz ocho hijos, con su correspondiente apéndice de gemelos. En una ocasión en que los golpes superaron al hambre, que es cuanto hay que decir, la mujer se hartó, y como era chata, y á las de poca nariz dicen que las tienta siete veces al día el diablo, sin duda se encomendara á la majestad caída, para salir de la triste situación en que se encontraba. No lo escuché nunca de sus lábios, pero como se alborotó el cotarro con lo que allí acontecía, claro es, que Satanás tuvo que ser el principal actor de la comedia.

Si hay *miedo* es porque existe un tesoro, se dijo la mujer; pues en hallarlo consiste mi salvación. Desde entonces, á horas desusadas y aprovechando noches tormentosas y días de interminable lluvia, bajaba en la soledad al lavadero, que era una pieza lóbrega, oscura y triste y en el más apartado rincón del edificio. Si en él llamó, como vulgarmente se



dice, «al diablo con dos tejas,» no podré afirmarlo ni contradecirlo; material había de un colgadizo que se hundiera, y ella capaz de cualquier desaguisado con tal de satisfacer el apetito y cubrir la desnudez de sus vástagos.

Lo que contaba, era que en una ocasión que una fuerte tormenta descargaba por la Ciudad, por la parte del río Darro, al brillar un terrible relámpago, escuchó unos gritos indefinibles dentro de la pared donde estaban los cauchiles. Gozosa por esperar el desenlace del misterio, puso atento el oído, y hasta tres veces escuchó los mismos sonos, el último más lejano y apagado. Iba á perder la esperanza, cuando notó en el suelo una cosa que se movía. Fijó la vista, y era un ovillo de hilo que rodaba vertiginosamente, sin descubrirse quién le daba tan fuerte impulso. Animosamente quiso sujetar la hebra, pero siempre se le iba de las manos. Por fin pudo coger el cabo, y desliándose la condujo á un oscuro sótano lindando á una destartada cochera, donde de pronto brilló una luz, y á sus reflejos pudo descubrir el pacífico ruminante de los dorados cuernos, que lanzó un triste berrido, hundiéndose en el piso como por escotillón, sin que quedaran despues señales visibles de ninguna clase de agujero.

Refiere que ya asustada se encerró en su cuarto, y que siempre que bajaba al pilón, una luz se encendía sola, recorría las cuatro esquinas del lavadero y despues se apagaba instantáneamente.

Lo cierto es, añadió Aguilar, que la parienta se

mudó á poco, y algo más que la iluminación encontraría, porque los percales cubrieron sus miembros, y los de la prole, y hubo hasta capa de paño de Ohanes, para el consorte, amén de traje interior completo, como si lo hubiese equipado el arzobispo.»

### III.

Tal es la tradición de la *Casa del Carnero*, en la callejuela así denominada. Si no os contentais con mi dicho y sois curiosos, subid una noche oscura el tercio empedrado de la cuesta de Santa Ines, torced á mano derecha, entrando en el sombrío trayecto. Al llegar á su comedio, descubrireis una gran puerta cochera, ruinosa y desvencijada, que se abre á una plazoleta, á la que dá el tragaluz del edificio mencionado.

Si vuestro valor os lo permite, deteneos un poco apoyados contra las elevadas paredes del convento. y tal vez, como á mí ha sucedido, escuchéis un lamentable grito, luego aparecerse un fuego fátuo, una lucecilla fosfórica que se enciende, que se apaga, que vuelve á iluminar, y que últimamente desaparece. Despues, si las piernas siguen firmes, estíradlas en busca del átrio de la Concepción, donde yo

me refugié para convencerme de si era sueño ó realidad lo que me ocurría.

En cuanto al *Carnero*, no lo conozco, gracias al Señor; pero sí medito que en todas épocas y circunstancias, la transformación de los maridos hasta en las leyendas, se hace desgraciadamente en animales de cuatro orejas.



---

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA



---

## EL CRISTO DE LAS TINIEBLAS. <sup>(1)</sup>

### Tradición.

#### I.

Corto en bienes de fortuna,  
pero con timbres de hidalgo,  
vive en la hermosa Granada  
el capitán Pedro Dávalos.

En la *cuesta del Chapiz*,  
subiendo, a derecha mano,  
se descubre un casarón  
antiguo y destartalado.

Pero si grietas y escombros  
acusan sus muchos años,  
rejas tiene reforzadas,  
y enorme cerrojo al tranco.

Tal vez inmenso tesoro  
guarda el capitán bizarro,  
en la enemiga Alpujarra  
habido en duro rebato;

---

(1) Romance leído en la sesión literaria celebrada en 1883  
en el gran teatro de Isabel la Católica.



ó recompensa á la herida  
á su bandera salvando;  
que tiene D. Juan de Austria,  
largas la bolsa y las manos,  
para castigar Monfies  
y premiar á los soldados.  
Ó tal vez, y es lo posible,  
el bién que reserva tanto,  
consista en una doncella  
de talle airoso y gallardo,  
que á el *Salvador* lleva á misa,  
solo en domingo, y temprano.  
Ello es que el buen capitán,  
duerme poco, cela harto,  
y es su mansión, fortaleza  
de muy difícil asalto.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

ii.

Rubia, como el sol naciente,  
bella, cual rosa de Mayo,  
dulce, como el aura suave,  
pura, como el lirio blanco,  
hechizo de quien la mira,  
desesperación de tantos,  
puerto que buscan ansiosos

corazones abrasados,  
es la niña, es Isabel,  
imán de su viejo hermano,  
quien á monja la destina,  
su gusto sin consultarlo.  
Pero ella, que al fin es ella  
(y ya decimos sobrado),  
tocas monjiles desaira,  
y quiere por rezos, cantos.  
Que á vigilancias supremas  
hay ardides temerarios,  
y para las puertas, llaves,  
y limas, para candados.



P.C. Monumental **III.** la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

Galán entre los mancebos  
es Félix el estudiante;  
tanto de libros entiende  
como de esgrima y de naipes.  
Y puntéa una vihuela  
con tanta gracia y donaire,  
que á sus acordes sonidos  
las hembras se van de calle.  
Es mozo de veinte abriles,  
moreno, con ojos grandes,

y la sal de Andalucía  
 retratada en el semblante,  
 Quiso la suerte asistiera  
 (¡qué cosas la suerte hace!)  
 á la Iglesia, en que á Isabel  
 amaneciendo la traen,  
 y verla, y quedar cautivo,  
 empresa fué de un instante,  
 formando con sus miradas,  
 nudo que no se deshace.  
 Por eso cuando la ronda  
 pasa silenciosa y grave,  
 y las Ánimas resuenan,  
 y la oscuridad se esparce,  
 de la vecina calleja  
 un bulto embozado sale,  
 y de la casa ya dicha  
 un ventanillo se abre.  
 En voz baja se murmuran  
 de amor cariñosas frases,  
 y muchas veces la aurora  
 les obliga á retirarse.

## IV.

Es Nuño de Ballesteros,  
 mozo de sangre y de bríos;  
 con Don Pedro hizo la guerra,